

FUNDACIÓN PARA UNA CULTURA DE PAZ

FEDERICO MAYOR ZARAGOZA

GRANDES DESAFÍOS DEL SIGLO XXI: ALGUNAS PROPUESTAS PARA HACERLES FRENTE

Quiero comenzar anticipándoles mi confianza en que, efectivamente, se hallarán soluciones a estos desafíos que tanto nos inquietan y que las previsiones de los pesimistas, los agoreros y los realistas habrán sido estériles. Y es que los «realistas» piensan que no se puede cambiar la realidad y la aceptan como es. Pero también los hay que disienten, se rebelan y perseveran. Yo prefiero incluirme en esta segunda categoría.

Todos los seres vivos son predecibles y mesurables, con la única excepción del ser humano. Y es que las personas tenemos toda esa capacidad exclusiva y maravillosa que es la capacidad de crear. Por eso el ser humano es impredecible e inconmensurable, capaz siempre de sorprender. Ejemplos de esto no nos faltan, incluso en la historia más reciente. Ejemplos de grandes hombres y mujeres, como Nelson Mandela, capaz de hablar de reconciliación y entendimiento después de haber padecido años y años de injusto encarcelamiento, o como Mijaíl Gorbachov, que supo hacer caer muros de desconfianza, silencio y opresión.

El ser humano no está predestinado, es libre y dueño de su propio destino y en esto reside nuestra gran esperanza. Incluso en los momentos de mayor tensión y crisis es capaz de sacar lo mejor de sí mismo. Así, en 1945, después de una Guerra Mundial que había desgarrado a la humanidad, un grupo de personas reunidas en San Francisco redactaron ese hermoso documento que es la Declaración Universal de Derechos Humanos en la cual se afirma que todos los seres humanos son libres e iguales en dignidad.

Es imposible saber cuántos somos: más o menos 6.000 millones y cada día llegan al mundo 250.000 nuevos pasajeros. Sin embargo, la mayoría de estos nuevos seres llegan ya condenados a vivir en condiciones de pobreza, ignorancia, exclusión, injusticia y violencia. Estas asimetrías cada vez mayores junto con la degradación progresiva e imparable de nuestro entorno natural, las enormes mutaciones que experimentan las identidades culturales —expuestas a la uniformización y la pérdida generalizada de valores éticos que dejan sin referencias sobre todo a los más jóvenes—, son, a mi modo de ver, las mayores amenazas a las que se enfrenta la humanidad en este umbral de

siglo y de milenio. Trataré de abordarlas muy someramente y, sobre todo, aportar algunas reflexiones y propuestas.

Hace más o menos 6 años empecé a escribir —con la colaboración de Jérôme Binde y la ayuda del equipo de la Oficina de Análisis y Previsión de la UNESCO— un libro-informe sobre los grandes desafíos del mundo actual. En ese libro —que se ha publicado en España con el título *Un mundo nuevo*— propongo cuatro nuevos contratos para la humanidad, que constituirían un Plan Global de Desarrollo Endógeno:

- *Un nuevo contrato social*, que aborde los desafíos planteados por cuestiones como el crecimiento demográfico, los flujos migratorios, el desarrollo urbano, el nuevo papel de la mujer y la lucha contra la drogadicción mediante un nuevo planteamiento educativo.
- *Un nuevo contrato natural* o medioambiental que haga posible un nuevo concepto de desarrollo económico y científico que esté en armonía con la naturaleza y que dé respuesta al reto que plantea la justa distribución de los recursos naturales, como el agua, los recursos energéticos y los alimentos
- *Un nuevo contrato cultural* para que la sociedad de la información sea la sociedad del conocimiento, para una aplicación «humanizada» de las nuevas tecnologías, para garantizar la protección de las lenguas y para lograr el gran desafío que supone el acceso universal a la educación.
- *Un contrato moral o ético*, que dé cabida a todas las concepciones del ser humano que nos aportan las diferentes culturas y civilizaciones —no sólo la occidental— y que ponga en primer plano el respeto a los derechos humanos, la tolerancia, el rechazo de la violencia y el respeto a todas las culturas —en definitiva, una cultura de paz. Como parte de este contrato ético es fundamental que, de una vez por todas, los Estados reconozcan a las Naciones Unidas el lugar que le corresponde en el sistema internacional, como único organismo democrático a escala internacional.

Si queremos proteger a nuestros descendientes, hemos de reconocer, aceptar y gestionar ante todo esta paradoja fundamental: el progreso y la civilización son una cara de la moneda; la posibilidad del Apocalipsis, de la destrucción irreversible, del caos, es la otra. Esta lucidez constituye la primera exigencia de nuestra responsabilidad respecto de las futuras generaciones. Aceptar la limitación del poder de la técnica y la economía, actualmente ilimitado, por la ética y la sabiduría, éste es ahora el planteamiento que se impone. A la técnica y la economía hay que aplicar la máxima de Montesquieu: «El poder absoluto corrompe absolutamente». A la ciencia hay que recordarle la frase de Rabelais: «Ciencia sin conciencia no es más que la ruina del alma».

En el umbral del siglo XXI tenemos, al fin la posibilidad de reconciliar saber y sabiduría y aliar sus virtudes. Hay que aceptar la limitación del poder que la técnica confiere al hombre sobre el hombre, en nombre de la ética y la sabiduría. El reto es de calibre, y el desafío, real. Adoptemos una visión clarividente, orientada al futuro, y echemos una ojeada retrospectiva sobre el mundo. Sembremos hoy las semillas del futuro, mimemos su crecimiento: mañana nuestros hijos recogerán los frutos de nuestra anticipación.

Prevenir no es tan sólo una posibilidad; es una obligación, un imperativo moral. Prevenir es, ante todo, preservar. La ética del futuro es una ética de lo frágil, de lo perecedero. Se trata de transmitir a las generaciones venideras una herencia que no esté irremediabilmente empañada y contaminada. Se trata de legarles el derecho a vivir en dignidad en una Tierra preservada. Esto afecta, sobre todo, a lo que constituye el marco vital, esta nueva preocupación de nuestra época. Afecta igualmente a cierto número de valores universales perennes, como la salud, la educación, la cultura, la igualdad, la libertad, la paz la tolerancia y la solidaridad.

El poeta catalán Salvador Espriu decía a sus hijos: «Habré vivido para salvar estas pocas palabras que os dejo: el amor, la justicia, la libertad.». No sólo somos responsables de nuestros legados tangibles; en cuestión de deberes y responsabilidades, lo esencial es a menudo invisible e intangible.